ANTONIO JIMÉNEZ LORA

El Pueblo Blanco

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado núm. 24
1917

4

Al notable primer acto[r]
Ramón Gatrellas por
[q]uien quiere hacer una
[cre]ación del protagonista
Su buen amigo
Córdoba F. Jiménez

EL PUEBLO BLANCO

Queda hecho el depósito que marca la ley.

El Pueblo Blanco

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANTONIO JIMÉNEZ LORA

Estrenada con extraordinario éxito por las Compañías de Teodora Moreno y Gloria Torrea.



CÓRDOBA
IMP. Y LIT. LA VERDAD.—LIBRERÍA, 24
1917

EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE CÓRDOBA PATROCINÓ
ESTA OBRA, CONCEDIENDO UNA SUBVENCIÓN
PARA EDITARLA. - AL ALCALDE, SEÑOR
CARRILLO PÉREZ; AL SEÑOR ENRÍ-
QUEZ BARRIOS, Y A LOS DEMÁS
SEÑORES CONCEJALES, EL
AUTOR EXPRESA EN
ESTAS LÍNEAS SU
GRATITUD
SINCERA.

Al ilustre dramaturgo

D. Manuel Linares Rivas

Admirador entusiasta de su arte, de su labor teatral, la lectura y el ver la representación de sus obras, me sirvieron siempre de orientación y estímulo.

Al publicar esta comedia, que, al juzgar por la impresión que hizo al público y por la emoción y sinceridad que puse al escribirla, parece ya un modesto acierto entre mis balbuceos de antes, he querido que su nombre ilustre de autor figure en las primeras páginas de la misma.

Acepte, pues, este homenaje de admiración que le ofrece

El Autor.

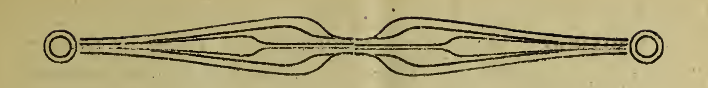
REPARTO

PERSONAJES

FELISA.
JOSEFINA.
DOÑA ANGELA.
LA VIUDA DE VALSEQUILLO.
FLORA.
ELENA ALPUENTE.
LOLA.
LEONARDO.
DON RICARDO.
ERNESTO.
DON FAUSTO.
CASA-DIEGO.
UN CRIADO.

La acción, en Almanzora ∴ Época actual.

Derecha e izquierda, las del actor.



Acto primero

Gabinete decorado lujosamente con muebles no muy modernos, pero que conservan buen gusto y carácter. Puerta al foro y laterales. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ANGELA Y DON RICARDO

ANGELA ¿Y dices que lo están vendiendo todo?

RICARDO A cualquier precio. Yo he estado en la casa y he adquirido algunas cosillas. No porque me hagan falta grandemente, sino por ayudarles en algo. Lo que tienen ¡vale tan poco!

ANGELA Muebles muy usados y que ya no se estilan. Los mismos que hace treinta años llevó al casarse la pobre de nuestra hermana.

RICARDO Ha sido un desastre el de esa casa; un hundimiento total.

ANGELA ¡Pobres muchachos! Y lo más lamentable es que nada podemos hacer por ellos. ¿Sabes si Josefina piensa desprenderse de las alhajas que heredó de su madre? Sería triste que se las vendiese a cualquiera.

RICARDO Como desprenderse, creo que ya lo han hecho. Por lo menos, las tienen empeñadas.

ANGELA ¡Qué vergüenza para la familia!

RICARDO Para la familia, no. Si acaso, para ellos.

ANGELA Me preocupa mucho la suerte que van a correr esos muchachos. No sé si hacen o no una locura en alejarse de la tierra en que nacieron. Al fin y al cabo, aquí tienen amistades y familia.

RICARDO Que de nada les sirven.

ANGELA Tampoco ellos nada solicitan.

RICARDO Saben que sería inútil y que sólo recogerían, en vez de beneficios, humillaciones.

ANGELA Yo, por mi parte, nada puedo hacer en su favor.

RICARDO Lo mismo me sucede a mí. Josefina tardará en acostumbrarse.

ANGELA Y Leonardo también. A sus padres, nuestros hermanos, les dominó siempre la manía de grandezas. Muy ilustres y todo; tanto como puedan ser los primeros en la capital; pero su fortuna, en estos últimos años, no les permitían que sus hijos alternaran, de igual a igual, con las mismas exigencias y los mismos lujos, con los de los marqueses de la Solana y con los de los condes de Valle-Hondo, que ya sabemos las rentas con que cuentan.

RICARDO Lo eterno. La vanidad y el afán de figurar de siempre.

ANGELA Mucho ha influído todo eso en la ruina de la ilustre casa de los Almenara.

RICARDO La suerte tampoco se mostró muy favorable en sus negocios. Emprendedor y activo fué nuestro cuñado don Diego de Almenara. Intentó ser industrial, hombre de negocios, sin olvidarse de

que era sólo un aristócrata, nacido para vivir holgadamente, derrochando los bienes que heredó de sus mayores. Recuerda sus jiras, las fiestas espléndidas con las que obsequiaba en sus fincas de campo a sus amigos. Todo eso le costó un buen puñado de miles de pesetas que no podían producirlo sus tierras, que, poco a poco, se iban gravando con nuevas hipotecas y con nuevos préstamos. Las labores abandonadas en manos de capataces, sin inspección alguna. El fruto tenía que ser este que vemos: que los hijos recogiesen esa herencia tan triste de sus padres.

ANGELA Hemos sido muy afortunados los que, junto a nuestros pergaminos de nobleza, supimos conservar también nuestros títulos de propiedad y nuestras rentas.

RICARDO Nuestras escasas rentas.

ANGELA Tu posición es más desahogada que la mía. Soltero, rico, sin preocupaciones de ninguna clase. Pero piensa en lo que a mí me sucede: viuda, sin la dirección ni los consejos de aquel santo varón de Juan Miguel, con mis dos hijas, Felisa y Lola, en la edad crítica de que aseguren su porvenir, ¿qué quieres que haga?

RICARDO Lo que hacen la mayoría de las madres: casarlas.

ANGELA Ya lo intento.

RICARDO ¿Sin resultado?

ANGELA Como yo lo deseo, no.

RICARDO A tus hijas no les faltan pretendientes.

ANGELA Ninguno a gusto mío.

RICARDO Carlos Riera, Paco Tabares, nuestro sobrino Leonardo de Almenara.

ANGELA (Con ironía.) Tres partidos. Un porvenir

para mis hijas. ¡Qué mal las quieres, Ricardo!

RICARDO Se trata de tres muchachos conocidísimos, descendientes de familias ilustres.

ANGELA Pero sin posición alguna. Una locura haría la muchacha que se casase con alguno de ellos.

RICARDO En esa cuestión, hermana, no sabemos si es una locura la que se hace o resulta después un gran acierto. Ante la duda, ante el problema indescifrable, lo mejor es abstenerse.

ANGELA Como tú has hecho, y te ha ido bien.

RICARDO Un poco aburrido, nada más.

ESCENA II

DICHOS, FELISA Y LOLA

LOLA (Por el foro.) Mamá... mamá, hay que vestirse a escape. Tenemos otra vez que salir.

ANGELA ¿Qué pasa?

LOLA Elena Alpuente, que nos ha invitado a todas las muchachas a que vayamos esta noche a su casa.

RICARDO ¿De qué se trata?

FELISA Según dicen, Elena piensa organizar una fiesta a beneficio de no sé qué asilo o de no sé quién. Lo dijeron, ¿verdad Lola?

LOLA Sí; pero no recuerdo. No me interesaba más que la fiesta.

RICARDO ¿Nada el fin que en ella se persigue?

LOLA Muy bueno, tratándose de las que lo organizan.

ANGELA Todas señoras muy piadosas. (*Cambiando de tono.*) ¿Mucha gente esta tarde en casa de las de Alcudia?

FELISA Figúrate. Como celebraba su día Trini...

ANGELA ¿Bailaron ustedes?

LOLA Un poco después del té.

ANGELA ¿Estarían ustedes atendidísimas, como siempre.

LOLA Sí; aunque ahora les ha dado a los muchachos por las de Peñálvez.

ANGELA Unas *cursis*.

FELISA Pepe Solares se pasó toda la tarde hablando con Luisa Peñálvez.

ANGELA ¿Ese chico que, según dicen, le hace el amor a la prima Josefina?

LOLA Ilusiones de ella.

FELISA ¿Qué sabemos?

LOLA Ya lo has visto. Hablando toda la tarde con la de Peñálvez.

RICARDO Sería una solución para Josefina ese matrimonio.

FELISA Pepe Solares levantaría esa casa que se hunde.

RICARDO Que está ya hundida.

LOLA Felisa siente mucha simpatía por la prima; mejor dicho, por el primo.

FELISA Por los dos. Y no sólo simpatía, sino cariño.

LOLA Tu bello ideal, Leonardo.

ANGELA ¡Sí, que es un ideal! Un señorito arruinado, sin ocupación ni porvenir alguno.

FELISA Ya lo tendrá.

RICARDO ¿Ahora? Es más difícil.

ANGELA Ya verás el papel que ella y su hermano van a hacer en Madrid.

FELISA No aspiran a figurar, sino a vivir; solamente a poder vivir.

ESCENA III

DICHOS Y UN CRIADO

CRIADO Señora; sus sobrinos; la señorita Josefina y el señorito Leonardo.

RICARDO Preparémonos, porque de fijo traerán alguna petición.

LOLA (Levantándose) ¡Qué inoportunos! Se nos va a hacer tarde para ir a casa de la de Alpuente. Voy a ir, mientras tanto, vistiéndome. (Váse derecha.)

ESENA IV

DOÑA ANGELA, DON RICARDO, JOSEFINA, FELISA Y LEONARDO

JOSEF. (Por el foro. Saludando.) Tía Angela. . Tío cardo... Felisa...

LEONAR. Perdonen ustedes que vengamos a estas horas.

ANGELA Ya sé que andáis muy atareados estos días. Con esa almoneda... Pienso ir por vuestra casa, un día de éstos, a compraros algunas cosillas.

LEONAR. Tiene que ser pronto. Apenas si nos quedan ya muebles. Algunos cuadros, retratos de familia. Nadie los quiere.

RICARDO ¿Y a decirnos eso han venido ustedes?

LEONAR. Nos traía otro asunto cerca de usted y de tía Angela.

RICARDO Habla.

LEONAR. Se trata de que, en nuestra ruina, en nuestro porvenir oscuro y triste, hemos vislumbrado una esperanza, algo que pueda salvarnos, si no del todo, del hundimiento total, de la catástrofe.

RICARDO Nos alegramos mucho.

ANGELA Vuestro porvenir me inquietaba grandemente. Tenía un verdadero disgusto al veros en la angustiosa situación por que pasáis.

LEONAR. Gracias, tía Angela; pero espere. todavía no he dicho nada.

RICARDO Habla.

LEONAR. No todos los acreedores de mi padre han sido con nosotros faltos de corazón y de conciencia. Hay uno, uno solo: Casariéguez, que no quiere mostrarse demasiado tirano ni exigente.

RISARDO Más vale así.

LEONAR. Este señor nos hace algunas concesiones. Con una sóla garantía, la firma de usted, tío Ricardo, o la de tía Angela, nos concede un nuevo plazo en el pago de los intereses de las hipotecas que pesan sobre la única finca que nos queda.

RICRADO ¿La firma nuestra?

LEONAR. Es lo suficiente. Con esa garantía esperará a que recojamos la cosecha de este año.

JOSEF. Le pagaremos, quedándonos a nosotros algo para poder vivir modestamentamente.

LEONAR. ¿Cuento con esa firma, que és la salvación para nosotros?

(Doña Angela y don Ricardo permanecen callados.)

¿Nada me responden?

ANGELA Lo siento. Yo no puedo obligarme a nada. Tengo hijos, otras obligaciones.

RICARDO Lo mismo me sucede a mí.

LEONAR. ¿A usted? Es solo, está en buena posición...

RICARDO También lo lamento mucho, Leonardo. No puedo acceder a tus deseos.

FELISA Es muy justo lo que proponen. A nada se obligan ustedes. Ellos pagarán esos intereses.

ANGELA ¿Qué sabes tú de estas cosas? Calla.

LEONAR. Antes de emprender la aventura de abandonar la ciudad que nos vió nacer, en la que dejamos cariños y alegrías, y también amarguras y dolores, estamos dispuestos a renunciar a todo lo que nos pueda brindar la vida nueva que emprendamos, quizás a un porvenir esplendoroso. Preferimos una agradable medianía. En el viejo solar aún queda una piedra sobre la que se puede levantar, si no el edificio magnífico de antes, otro más pobre, pero que es con el que ahora nos debemos conformar.

JOSEF. Aquí, entre los nuestros, viviremos siempre.

ANGELA Pensáis bien. Lo otro sería una locura, un disparate.

JOSEF. Pues de ustedes depende. Vuestra firma.

RICARDO ¿Es preciso que sea la nuestra? En la población tienen ustedes otras amistades.

LEONAR. Nos pareció contar, antes que con ellas, con los hermanos de la que fué en vida nuestra madre.

ANGELA ¿Y si éstos se niegan porque su deber y su conciencia se lo impiden?

LEONAR. Deber, conciencia... ¡Qué mal aplicadas están ahora esas palabras, tía Angela!

ANGELA Ya empiezan tus salidas de tono. Es

mejor que no te escuchemos. Terminarías insultándonos. (Levantándose.)

LEONAR. (Lo mismo.) No; si ya nos retiramos. Vamos, Josefina.

JOSEF. Vamos, hermano.
(Con mucha tristeza.) ¡Son los nuestros, que nos abandonan!

LEONAR. ¡Los nuestros! Los que son virtuosos y son nobles. No hay ya que dudar. Emprenderemos con más fe y entusiasmo la aventura. Ya ves; hasta ellos, hasta los que llevan nuestra misma sangre, se muestran con nosotros tan fríos, tan egoistas como todos.

ANGELA (Enfadada.) Salid. No queremos oir vuestros insultos.

LEONAR. Es muy humano, muy lógico lo que hacéis. Ni generosidad, ni abnegación podía yo esperar de vosotros. Pedía por ésta, por mi hermana; no por mí. ¿Qué creísteis? ¿Que era yo débil, cobarde y, ante la vida, ante el porvenir envuelto en tinieblas, dudaba? No. Lo afronto y en busca de la luz, de despejar esas tinieblas voy. No vaciles, hermana. Confía en que sabremos vencer, llegar a nuestro fin sin ayuda de ellos.

RICARDO Eso es orgullo, Leonardo.

LEONAR. No sé lo que es. Quizás confianza en el esfuerzo propio. Una sola esperanza, la de vuestra generosidad nos retenía. No esperamos de aquí nada. Lejos del pueblo blanco, todo calma, serenidad y poesía en su ambiente, grato y risueño en su aspecto exterior, pero egoista y frío y cruel. Ni compasión ni generosidad para el vencido. El egoísmo solamente manda.

JOSEF. Sí, Leonardo. Huyamos de aquí; huyamos pronto.

LEONAR. Buenas noches, tía Angela. Buenas noches, tío Ricardo. Adiós, Felisa.

FELISA (Queriendo detenerles.) Mamá y tío Ricardo, firmarán. Esperad aún.

RICARDO Esta niña...

ANGELA Ya te dije antes que para nada tenías tú que intervenir en estos asuntos.

LEONAR. (Conmovido.) Gracias, Felisa.

JOSEF. (Al irse por el foro.) ¡Qué ingratos son, hermano; qué ingratos!

LEONAR. Sólo egoístas. Se asoma uno a sus almas y da frío. Son secas y estériles como el yermo. (Mutis.)

ESCENA V

DON RICARDO, DOÑA ANGELA Y FELISA

RICARDO Son los de siempre. Orgullosos hasta en sus súplicas.

FELISA Sólo pedían vuestra firma, una garantía...

RICARDO Accedo a ello, y mañana se vienen con otra petición. Los conozco.

ANGELA Nuestro deber de familia sólo llega a tenerles cariño y aconsejarles el que sean virtuosos y obren bien.

FELISA ¡Y sólo con cariño y consejos, el que tengan que sufrir y luchar en tierra extraña, abandonados y solos! Es doloroso.

RICARDO No todos nacimos para gozar de una holgada posición.

FELISA Ellos, sí. Mejor que nosotras se criaron y educaron.

RICARDO Y así se ven ahora. Debieron guardar algo.

FELISA — Ya que antes no fué usted con ellos generoso, no sea ahora también cruel.

RICARDO — Nos estás faltando al respeto.

ANGELA — Te ha sorbido el seso ese mequetrefe de Leonardo. *(Con ironía.)* ¡Un porvenir! ¡Estoy ya deseando que se vaya!

FELISA — Mi deber es callar. Fué sólo una defensa de cariño la que yo hice.

ANGELA — ¿Y lo confiesas? ¿Estás enamorada de Leonardo?

FELISA — *(Turbada.)* Sí.

ANGELA — ¡Qué locura!

RICARDO — ¡Qué cabeza tan a pájaros de muchacha! Habrá que vigilarla, por si acaso intenta hacer un disparate.

FELISA — No, tío Ricardo. Sé lo que yo misma a mí me debo. Yo sabré confiar, y sabré esperar. *(Váse, derecha.)*

ESCENA VI

DON RICARDO Y DOÑA ANGELA

ANGELA — Es de lamentar cómo piensa esa muchacha.

RICARDO — Romanticismo. No debe preocuparte. Ya pensará de otro modo cuando él de aquí se haya alejado. Es lo de todas. Sueñan al principio con el novio ideal, con el héroe de novela; pero después sólo queda el otro, el real, muy vulgar, muy prosaico, pero que tiene sus buenos cortijos y sus dehesas.

ANGELA — Y que sea al mismo tiempo caballeroso y honrado, descendiente de una familia ilustre y respetable.

RICARDO — Eso ya es otro idealísimo. Confórmate

con que te enseñe los títulos de propiedad que tenga.

ESCENA VII

DICHOS Y LOLA

LOLA (Por la segunda derecha.) ¿No cenamos ni salimos esta noche?

RICARDO Tu hija Lola. Esta no es de las que sueñan primero con el novio ideal, con el héroe de novela. Acepta enseguida al de las dehesas.

LOLA Vamos a ir tardísimo a casa de la de Alpuente.

RICARDO No hace falta que vayamos. En el recibimiento la oigo hablar.

ANGELA Es verdad.

ESCENA VIII

DICHOS, ELENA Y DON FAUSTO

ANGELA (Al verla.) ¡Qué dicha! ¿Usted en mi casa?

LOLA Nosotras pensábamos ir ahora a la suya.

ELENA (Saludando.) Don Ricardo...

FAUSTO (Lo mismo.) Señora, linda Lolín... Amigo don Ricardo.

ELENA (Sentándose.) Les extrañará a ustedes mi visita. Es una sorpresa. Se trata de hacer una obra de caridad, de practicar el bien, y he querido contar para ello con ustedes.

FAUSTO Ya conocemos la nobleza de sus corazones.

ELENA De sus rasgos de generosidad.

FAUSTO De lo espléndidos que son cuando se trata de alguna suscripción de esas, cuya lista de donativos publican los periódicos.

RICARDO Procuramos siempre contribuir con nuestro modesto óbolo a todo aquello que redunde en beneficio de la sociedad, de nuestros semejantes.

FAUSTO ¡Almas grandes! Elena y yo hemos estado acertados al pensar en esta ocasión en ustedes.

RICARDO Digan en qué podemos serles útiles.

ELENA No he querido suplicar este favor de mis amigos, en mi misma casa. Me pareció que, estando allí, era obligarles, comprometerles.

FAUSTO Elena siempre tan delicada.

ELENA Y he preferido yo misma ir de casa en casa. Ya conocen ustedes la situación lamentable por que pasan la señora viuda de Valsequillo y su hija Flora, tan conocidas y apreciadas entre nuestra buena sociedad.

RICARDO Mucho. Desde muy antiguo.

ANGELA ¿Qué les pasa ahora?

ELENA Que estamos en vísperas de feria y esa mamá y esa niña no tienen nada que ponerse para asistir a los bailes, a las carreras de caballos, al teatro...

ANGELA Es horrible eso.

LOLA Muy triste.

ELENA Pensé en organizar una función a beneficio de ellas. Pero ya conocen ustedes esta sociedad; me criticarían por ahí; sabe Dios lo que dirían.

LOLA ¿Y qué es lo que han pensado ustedes?

ELENA Recurrir a los buenos amigos, pidién-

doles dinero y donativos para esas desgraciadas.

FAUSTO Es preciso vestirlas.

ELENA Y darles, al mismo tiempo, de comer.

FAUSTO Y pagarles el alquiler de la casa que habitan.

ELENA Para comer, nos las repartimos a diario en las casas. ¿Qué día le señalamos a usted, doña Angela?

ANGELA Los jueves.

FAUSTO (Después de apuntarlo en un libro de notas.) ¿Y a usted, don Ricardo?

RICARDO Ya saben ustedes que vivo solo; pero, sin embargo, apúnteme los sábados.

ELENA Yo las tendré los domingos y lunes, y entre las de Alcudia y la de López Bayo, las colocaremos los otros días de la semana. ¡Ah! Les advierto que son muy delicadas para el desayuno.

ANGELA ¿Pero vienen también al desayuno?

ELENA Y no toman más que chocolate a la francesa con mojicones y con mermeladas.

FAUSTO Y ahora ocupémonos de vestirlas.

ELENA Cada familia nos encargaremos de comprarles lo que vayan necesitando.

FAUSTO Aquí llevo ya una lista, de los que hasta ahora han contribuído al mejor adorno de las de Valsequillo.

ELENA Veamos esa lista, don Fausto.

FAUSTO (Leyendo.) La de Valle Hondo les paga un sombrero anual de cinco duros; las de Alcudia, vestidos de paseo y calle; las de Peñálvez, el calzado. Falta sólo quienes se encarguen de las medias y ropa interior que necesiten.

ANGELA Nosotros. Mi hermano Ricardo y yo.

FAUSTO Lo apuntaré.

ELENA Y el alquiler de la casa que habitan se

lo pagaremos entre dos o tres familias. Ustedes pueden ser una de ellas.

RICARDO Basta que usted lo diga.

ANGELA Con mucho gusto.

ELENA ¿Queda todavía algo, don Fausto?

FAUSTO Solamente si esa mamá y esa niña quieren salir todos los años de veraneo.

ELENA Cuando llegue esa época ya nos ocuparemos. Es fácil que necesiten tomar algunas aguas. Encantada de ustedes. Ya sabía que aquí no llamaría en vano. (Levantándose.) Vamos, don Fausto.

FAUSTO (Con entusiasmo.) No descansaremos hasta ver ultimada esta obra hermosa y altruista...

LOLA Digna de los buenos sentimientos de Elena.

ANGELA ¡De su gran corazón, de su bondad!

RICARDO ¡De una gran dama! Contad con nosotros para todo.

ELENA En todas partes referiré vuestro hermoso rasgo.

FAUSTO Se hará público en los periódicos locales.

ANGELA ¡Oh, don Fausto!

FAUSTO Es de justicia que se diga.

ELENA No falten ustedes al «cotillón» que en mis salones daré el miércoles.

RICARDO ¿A beneficio de quién?

ELENA De nadie. Por obsequiar y divertir a mis amigos. (Despidiéndose.) Adiós, Lolín. Don Ricardo... doña Angela... Les repito a ustedes mi gratitud.

FAUSTO En nombre de esa desgraciada señora viuda de Valsequillo y de su hija.

RICARDO Diga usted mejor afortunadas. Se lo pagan todo.

LOLA Yo saldré con ustedes.

(Se van por el foro, seguidas de Lola.)

ESCENA IX

DOÑA ANGELA, DON RICARDO Y DESPUÉS FELISA

RICARDO La de Alpuente siempre pensando en hacer bien.

ANGELA Las de Valsequillo deberían adorarla.

RICARDO Pues no hacen más que adularla.
(Al ver a Felisa, que llega por la derecha.)

ANGELA Ha estado aquí Elena Alpuente y no has querido presentarte.

FELISA Ya me figuro que traerían alguna embajada ridícula.

ANGELA Contar con nosotros para proteger a unas desgraciadas.

FELISA (Extrañada.) ¿Con ustedes? Ya se conoce que no presenciaron la escena que tuvieron ustedes antes con sus sobrinos.

ANGELA Ahora se trata de hacer una verdadera obra de caridad.

FELISA ¿Qué es?

ANGELA Socorrer a las de Valsequillo.

FELISA ¿Para que salgan por ahí vestidas de máscara, y llevando chismes y cuentos de casa en casa?

RICARDO Se trata de una familia distinguida, falta de recursos.

FELISA Y están más desahogadas que nosotras. Tienen una viudedad, y en las tiendas les pagan buenas comisiones por lo que venden entre sus amistades.

RICARDO Se ayudan con eso. No es lo suficiente.

ANGELA A nosotros nos resultan muy simpáticas.

FELISA ¿Y por eso las protegéis?

ANGELA Creemos que es de justicia.

FELISA No; por justicia, no. Porque lo hace Elena Alpuente.

RICARDO (Molesto.) Porque así nos parece nada más.

ESCENA X

DICHOS, LEONARDO Y CASA-DIEGO

LEONAR. Siento tener que molestarles otra vez, tío.

RICARDO Ya contestamos antes a tu petición.

LEONAR. Ahora se trata de algo distinto, y desearía que esta entrevista fuese sólo entre los cuatro. Perdona, Felisa.

FELISA Sí. (Váse derecha.)

LEONAR. (Presentando.) El señor Casa-Diego, abogado nuestro, en nombre de mi hermana y mío, les hablará.

CASA. Ustedes, con su buen juicio, sabrán apreciar la intención buena que me guía en este asunto. Espero que llegáremos a un acuerdo que sea beneficioso para todos. Creo que no necesitaré hacer una historia detallada ni relatar pormenores que tal vez, en esta ocasión, para todos serían desagradables.

RICARDO Hable usted y sepamos de qué se trata.

CASA. Hace algunos años que murió doña Victoria Garci-Méndez, soltera, hermana de ustedes y de la madre de Leonardo. Murió en buena posición, en su casa de Encinares, pueblo de la provincia, rodeada en sus últimos momentos, sólo de ustedes. No dejó al morir testamento alguno, y ustedes, a capricho, repartieron entre los demás herederos los bienes que poseía. Entre éstos no

figuraron los muebles que había en la casa ni el dinero.

RICARDO (Molesto.) No sé a qué viene ahora recordar eso.

CASA. Perdone usted, don Ricardo, no he terminado. Tengo redactada una demanda que pienso llevar al Juzgado, exigiendo de ustedes, en nombre de sus sobrinos, que presenten las cuentas de esa testamentaría. El importe de los bienes muebles que, sin autorización de los restantes herederos vendieron; la cantidad que a éstos les corresponden del dinero que la señora tenía en el Banco y en su casa. Antes de ello, y con objeto de evitar disgustos de familia y gastos, mi deseo es que lleguen ustedes a un acuerdo. La situación apurada de sus sobrinos... En esta ocasión ese dinero podría beneficiarles.

RICARDO (Enfadado.) Eso es dudar de mí, caballero.

CASA. Dudar, no. Cumplir solamente una formalidad que ustedes, sin duda, habían olvidado.

RICARDO No veo esto claro, ni creo tienen derecho a exigirnos esas responsabilidades que nos dice.

ANGELA (Con orgullo.) Iremos ante los Tribunales. Nombraremos nosotros también nuestro abogado.

CASA. Como quieran. Pero piensen antes; reflexionen...

ANGELA (Secamente.) No hablemos más.

CASA. Está bien. Cuando usted quiera podemos retirarnos, Leonardo.

LEONAR. Sí, vamos.

ESCENA XI

DICHOS Y FELISA

FELISA (Por la derecha.) No, Leonardo. Espera.
RICARDO ¡Felisa!
ANGELA (A Leonardo y Casa-Diego, que se han detenido en el foro.) ¡Salgan!
FELISA Quiero hablar con Leonardo. Dejadme con él a solas.
ANGELA No. ¿Estás loca?
FELISA Dejadme, o saldré tras él.
RICARDO Déjala. No te vayas, Leonardo. (A Angela, llevándosela por la izquierda.) Vamos, hermana.
(Casa-Diego se retira por el foro.)

ESCENA XII

FELISA Y LEONARDO

FELISA ¿Qué ibas a hacer, Leonardo? ¿Qué ibas a hacer?
LEONAR. (Turbado.) ¿Tú, tú has oído?
FELISA Todo, y ha sido muy amargo el desencanto.
LEONAR. ¿Por qué, Felisa? ¿Qué he hecho yo?
FELISA Me equivoqué al juzgarte antes. No era sólo cariño y simpatía lo que hacia ti me ha unido desde que éramos casi niños; era adoración.
LEONAR. (Apasionado.) ¡Felisa! ¡Mi Felisa! Todo eso yo lo presentía, lo adivinaba.

FELISA Espera. Te veía tan noble, tan leal, tan resignado; pero, al mismo tiempo, fuerte de voluntad y de conciencia. Afrontabas generoso y sereno, la lucha con la vida por salvar a tu hermana buena, por buscarte un nombre y una posición. Tu rasgo era hermoso, digno de ti... (Después de una pausa corta, con desaliento) Pero conozco tu acción de hace un momento.

LEONAR. ¿Y me desprecias?

FELISA No. Es que no la considero digna de ti, Leonardo. ¡Te soñé tan ideal, tan noble, tan lleno de abnegación y de cariño!

LEONAR. Así soy yo para ti, Felisa.

FELISA No. El ídolo cayó. (Con desdén) Un hombre más; como todos.

LEONAR. Acorralado, perseguido... La actitud injusta que antes tuvieron conmigo tu madre y tío Ricardo... comprenderás...

FELISA Que necesitabas a escape tomarte el desquite, la venganza...

LEONAR. En mi situación apurada, ante sus desdenes, recurrí a lo único que podía ser mi salvación, a lo que yo creía tener derecho.

FELISA (Irónica.) Obraste cuerdamente. Ellos tal vez reconocerán tu ligereza, indemnizándote con unos cuantos miles de pesetas. ¿No era eso lo que tú solicitabas? ¿El objeto que te proponías al amenazarles con el abogado que contigo vino?

LEONAR. ¡Felisa!

FELISA Pedías, altivo, con dignidad y orgullo, y ahora, con falsa intención, con picardía, reclamas y exiges. Tu derecho es de ahora; pero antes, tu actitud era más digna, hasta parecía de más justicia.

LEONAR. Es éste el último esfuerzo que hago por no abandonar este pueblo, por no ale-

jarme de tu lado. Todo aquí me es ingrato. Frialdad en el ambiente y en las almas, indiferencia y desdén para el caído. Pero fuera, lejos, está la incógnita, el problema sin resolver, dudoso; quizás también las mismas frialdades y egoísmos. Dudo, vacilo, me atormento... ¿Qué quieres que haga, Felisa?

FELISA Tú pensarás.

LEONAR. (Después de una pausa, como hablando consigo mismo.) Lejos está el bienestar, la dicha, muy lejos... En busca de ella voy. ¡Espérame, Felisa! ¡Yo sabré volver!

FELISA ¡Sí, Leonardo; no dudes, no desmayes! Yo sabré también esperar que vuelvas.

LEONAR. Puedes decírselo a tu madre y a tío Ricardo. Nada intentaré contra ellos. Nada.

FELISA (Conmovida.) ¡Leonardo!

LEONAR. Huiré de aquí, del pueblo ingrato.

FELISA No; huir no. Huyen los cobardes, los que temen algo, los que obraron mal. Tú, no. Sólo te alejas con mucha tristeza y con dolor.

ESCENA XIII

DICHOS Y DOÑA ANGELA

ANGELA (Por la izquierda.) ¿Qué es eso? ¿No terminan ustedes su entrevista nunca? Ya fué bastante para idilio.

LEONAR. Ya me iba, tía Angela.

ANGELA He sido demasiado complaciente.

LEONAR. (Retirándose por el foro.) Felisa les hablará a ustedes. (Váse.)

ESCENA ULTIMA

FELISA, DOÑA ANGELA Y DON RICARDO

ANGELA ¿Qué te ha dicho, hija? ¿Por qué quisiste hablar con él a solas?

RICARDO (Que sale por la izquierda.) ¿Insiste en esa pretensión Leonardo? ¿Quiere llevarnos a los Tribunales?

FELISA Todo lo olvida y lo perdona.

ANGELA Nada le hicimos; nada tiene que perdonarnos.

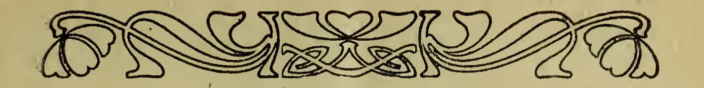
RICARDO (Como para que le oiga sólo doña Angela.) Sí, hermana. No obramos bien en ese asunto. Ha podido hacer mucho: ¡deshonrarnos!

ANGELA (Extrañada.) ¿A nosotros? Nada me acusa de ello mi conciencia.

RICARDO La conciencia enmudece cuando sólo el egoísmo y el orgullo mandan. No obramos bien entonces, hermana.

FELISA ¡Deben ustedes quererle y admirarle! ¡Deben ustedes bendecir su nombre! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



Acto segundo

Sala-despacho, lujosa. Al foro, un balcón. Puertas laterales. Un bufete a la izquierda. Estantes con libros. Muebles modernos.

ESCENA PRIMERA

LA VIUDA DE VALSEQUILLO, FLORA Y UN CRIADO

CRIADO (Por la segunda derecha.) Pasen ustedes aquí, al despacho. Avisaré a las señoritas.

FLORA ¿Sabe usted nuestros nombres?

CRIADO La señora viuda de Valsequillo y su hija la señorita Flora. Son ustedes muy conocidas en todas las casas del señorío. (Váse el criado por la izquierda.)

ESCENA II

DICHOS, MENOS EL CRIADO

LA VDA. ¡Qué mal gusto tiene Elena Alpuente! Hay que ver el vestido que nos ha regalado.

FLORA ¡Y que hay tela cortada para las dos!

LA VDA. Se figurará que vamos a salir vestidas como si fuésemos gemelas.

FLORA Tiene un arreglo. Se corta y se tiñe la tela en dos colores. Y cada una sacamos nuestro vestido.

LA VDA. Pues, ¿y los sombreros que nos han mandado las de Alcudia? Salimos con ellos y nos toman por una pareja de la benemérita.

FLORA ¡Se lucen nuestras amistades! ¿Dónde comes tú hoy, mamá?

LA VDA. En casa de las de Ramiránez. De postre, siempre ponen arroz con leche.

FLORA Por allí caeré yo al postre. Yo hoy no tengo plato en ninguna casa. Sólo el té con pastas que me den aquí.

LA VDA. Pues abusa de las pastas.

FLORA Y, por si me desmayo, me sostendré con el arroz con leche de las de Ramiránez.

LA VDA. No faltes. Es fácil que después quieran ir al teatro.

FLORA Y, en ese caso, nos invitarán.

LA VDA. Es de esperar. (Cambiando de tono.) ¿No nos reciben las de Garci-Méndez?

FLORA Parece que hemos sido inoportunas.

LA VDA. Deben estar reunidos en familia.

FLORA Pues, ¿qué pasa?

LA VDA. Que han llegado de Madrid los sobrinos de doña Ángela, Josefina y Leonardo de Almenara.

FLORA ¿Tan tronados como se fueron?

LA VDA. Nada se sabe. Según dicen, Leonardo ha figurado mucho en la Corte. Como periodista y político. Viene a Almanzora a presentarse diputado.

FLORA Entonces estará en buena posición. ¿Tú sabes, mamá, si continúa aún soltero?

LA VDA. Y su hermana también.

FLORA No me interesa el estado de ella.

LA VDA. A mí, sí; porque ya sabes lo noveleros que son aquí los muchachos. ¡Una chica recién llegada de Madrid!

FLORA No tan chica. Josefina ha alternado mucho conmigo. (Pausa corta.) La verdad que abusamos, mamá.

LA VDA. Pues no lo conocen.

FLORA Anoche, en casa de las de Alcudia, me comí yo todas las yemas de coco que tenían de postre. La señora me echaba unas miradas... Le gustan mucho. Menos mal que a las niñas les hizo gracia. Hasta me obsequiaron después con una copita de chartré.

LA VDA. Tú tienes mucha suerte. Comes siempre en buenas casas.

FLORA Menos hoy, que me tendré que conformar sólo con el té con pastas.

ESCENA III

DICHOS Y FELISA

FELISA (Por la izquierda.) Perdonen ustedes; con la llegada de mis primos...

LA VDA. Ya sabemos. Josefina vendrá guapísima.

FLORA Y Leonardo también.

LA VDA. En el pueblo hay mucha curiosidad por verlos.

FELISA Pues vienen lo mismo que se fueron.

FLORA Nos lo figuramos: tronados.

FELISA Digo lo mismo, porque apenas si han variado. Un poco más delgada Josefina.

LA VDA. Pero, ¿no le has preguntado? ¿No sabes?

FELISA Puede usted hacerlo, si tanto le interesa.

LA VDA. Curiosidad, nada más. Como tanto han dicho los periódicos de Leonardo.

FLORA Un personaje. Mi enhorabuena, Felisa.

FELISA La acepto por el parentesco que me une a Leonardo.

LA VDA. ¿Nada más que por el parentesco?

FELISA Nada más. (Hay una pausa.)

FLORA Nuestro deseo era saludar a Josefina.

FELISA Si quieren ustedes, pueden entrar. Leonardo tendrá aquí que recibir a sus visitas.

LA VDA. Vamos. Estoy impaciente por abrazar a Josefina.

FLORA Y yo por saber cómo viene vestida. (Vánse segunda derecha, con Felisa.)

ESCENA IV

DON RICARDO, DON FAUSTO Y LEONARDO

FAUSTO (Por la izquierda.) ¿Y dices que don Crisanto?

LEONAR. ¡Un gran corazón! ¡Una inteligencia privilegiada! ¡Un político eminente!

FAUSTO ¡Una gloria de Almanzora!

LEONAR. Todo lo que se diga de él es poco. Ya han visto ustedes lo que ha hecho conmigo. Me cede su distrito.

RICARDO Serás diputado sin apenas lucha.

FAUSTO Ese republicano de Galíndez...

LEONAR. Ya he tenido con él una conferencia. No presentará su candidatura.

FAUSTO Entonces el triunfo es seguro. Lo podemos ya felicitar.

RICARDO ¡Qué honra para nosotros, su familia!

¡Tener un sobrino con tan gran talento!

LEONAR. Talento, no. Sólo voluntad. Y luego la protección de don Crisanto.

FAUSTO En el Casino causó una gran sorpresa la lectura de la carta en la que nos recomendaba a todos el que votásemos a usted, como diputado que se presentaba en su lugar.

LEONAR. ¿Se harían muchos comentarios?

FAUSTO De todas clases. Hubo hasta algunas protestas.

RICARDO Y otros que dijeron que ya no eras el Leonardo de antes, el que aquí todos conocieron y trataron.

LEONAR. Me he transformado. He pasado algunos años ausente y he vuelto hecho otro, distinto. Seguramente que ahora hasta me reconocerán méritos y cualidades que yo mismo no sabía que tenía. Antes, viviendo aquí, viéndome a diario, en los mismos sitios, yo no podía ser un hombre útil, de iniciativas y valía. Muy de pueblo es eso. Viven esclavos de la novedad. No se explican que, sin salir de la localidad, se pueda escribir una brillante página literaria, pintar con verdadero arte un lienzo, ser un gran orador o un poeta. Necesita para ello cambiar de aires, que no le vean vagar por la ciudad en algún tiempo.

FAUSTO Rutinas.

RICARDO Prejuicios. El conocer de cerca a las personas. Parece que con ellas nos familiarizamos y no le reconocemos, sobre los demás, superioridad alguna.

FAUSTO Ahora sabremos apreciar los méritos de un paisano ilustre como usted, Leonardo. Es preciso que nos dé una con-

ferencia, que nos cuente sus andanzas por Madrid, sus luchas.

LEONAR. Todo se dirá. Ya hablaré un día de estos en el Casino.

FAUSTO Y todos iremos, entusiasmados a aplaudirle. Le dejo... Dentro de poco volveré con López Bayo, el jefe del partido, y otros, que quieren saludarle.

RICARDO Yo voy con usted también para acompañar aquí a esos señores. (Al ver a Ernesto, que llega por la primera derecha.) Te dejamos con tu amigo Ernesto. El señor juez de Almanzora.

ERNESTO (Indicándoles que pasen.) ¡Ustedes! (Vánse.)

ESCENA V

LEONARDO Y ERNESTO

LEONAR. (Abrazándole.) ¡Ernesto!

ERNESTO (Lo mismo.) ¡Leonardo! He sabido que estabas aquí y enseguida he venido a verte. No se olvida tan pronto la amistad leal que siempre nos tuvimos.

LEONAR. Es cierto. Apesar de que durante todo este tiempo de mi ausencia, apenas si hemos sabido uno del otro. Creo que ni aun siquiera nos hemos escrito.

ERNESTO Estoy asombrado. ¿Cómo has podido llegar a esto?

LEONAR. Recuerda la última vez que nos vimos en Madrid. Era el día, precisamente, que tú habías aprobado brillantemente tus ejercicios. Ya eras juez. Te felicité y te pedí unas pesetas.

ERNESTO No recuerdo lo de las pesetas.

LEONAR. Yo sí. Me salvaste aquel día.

ERNESTO Y después, ¿qué has hecho?

LEONAR. Viví de milagro mucho tiempo. Fuí amigo de literatos y artistas bohemios. Uno de éstos, gran poeta, me ayudó y protegió, dándome a conocer como literato. Publiqué un libro y, por recomendación suya, entré a formar parte de la redacción de un diario de segundo orden. Me presentaron a don Crisanto Roelas, nuestro diputado. Había leído mis trabajos y me alentó con sus frases benévolas de elogio.

ERNESTO ¿Y llegaste a resolver tu porvenir?

LEONAR. Pasé entonces toda mi odisea. Vinieron unos días muy amargos y muy tristes. En la casa no teníamos alhajas ni ropas para ofrecerlas a cambio de dinero. No teníamos nada. En su egoismo, nuestra familia aristocrática y pudiente, no se acordaba de nosotros. Los dos hermanos, tan pobres y tan solos, vivíamos prestándonos, el uno al otro, fe y cariño, confiados. Había momentos de desesperación, de rebelarse contra las injusticias y amarguras que pasábamos; pero una ilusión, algo que había de llegar, nos alentaba. Un estreno con éxito, que de alguno de los grandes periódicos me llamasen.

ERNESTO ¿Y fué don Crisanto?

LEONAR. Fué la Providencia, que, sin duda, por nosotros velaba. Una crisis, y a don Crisanto que le dan una cartera. Jura el cargo; se abren las Cortes, y una tarde, en el Congreso, un diputado de la oposición pide la palabra y dirige duros ataques al ministro. Saca a relucir su historia política, los medios de que se valió para medrar, sus atropellos de cacique, cómo supo enriquecer-

se a costa de unas carreteras, de no sé qué cosas. La Cámara estaba toda pendiente del orador. Don Crisanto, muy pálido, escuchaba sentado en el banco azul. Insistía el diputado en sus ataques, cada vez más enérgicos y contundentes. La mayoría le interrumpía de vez en cuando, protestando. El presidente agitaba a cada instante la campanilla. Los republicanos jaleaban al orador satisfechos de que a un ministro de la Corona se le tratase en aquella forma. Terminó su discurso el diputado y levantóse a contestarle don Crisanto. No supo hacerlo. Torpe, balbuciente, apenas si pudo rechazar los cargos que contra él habían formulado. Se retiró, mustio, de la Cámara, mientras en los pasillos felicitaban muchos al valiente orador.

ERNESTO. ¿Y al día siguiente, don Crisanto dejaría de ser ministro?

LEONAR. Le hice yo que no dimitiera. Publiqué en su defensa un artículo en mi periódico. Y, entre aciertos de frases, tracé con gallardía su silueta de político noble, honrado y generoso. Todo aquello había sido una venganza ruín, un despecho contra él, del otro. Don Crisanto, en su distrito, le negó un acta para uno de sus amigos. Se leyó mucho mi artículo; los demás colegas publicaron, comentándolos entre elogios, párrafos del mismo. La personalidad del ministro quedó en salvo. Este siguió ocupando su cartera.
Algún tiempo después, agradecido, me escribía. Me citaba a su despacho y me ofrecía un acta de diputado. Y aquí me tienes dispuesto a hacer la felicidad de

mis paisanos. Es decir, si quieren ustedes votar mi candidatura.

ERNESTO Por mi parte...

Pero para todo eso necesitas medios de fortuna, posición...

LEONAR. Por lo pronto, mi tío, a costa de no sé qué concesiones que desea, me ha ofrecido ya unos cuantos de miles de pesetas. Y luego, no faltarán otros negociejos. Un diputado puede hacer muchos favores.

ERNESTO Vender favores. No es lo mismo.

LEONAR. Llámale si quieres así, Ernesto.

ERNESTO Tu deber, tu conciencia. Nunca has pensado tú así, Leonardo.

LEONAR. La vida, con sus crueldades, me ha transformado, me ha hecho otro. Me cansé de altruismos y generosidades, y hoy estoy dispuesto a vencer como sea, arrastrándome, hundiéndome en el cieno, dejándome atrás conciencia y corazón, todo... He visto muy de cerca la miseria; he conocido el dolor de la humillación, las crueldades del egoísmo, y huyo de todo esto, buscando el hacerme fuerte, el que a mí no puedan llegar nunca esas injusticias y miserias de la vida. Aún puedo levantar la casa de los Almenara, que sea en Almanzora lo que fué siempre. Como sea, como pueda. Josefina y yo tenemos derecho a ser felices.

ERNESTO Han sufrido muchas ingratitudes, muchos dolores. Merecen ahora ser dichosos. Pero piensa, Leonardo, que la fortuna no siempre es compañera de la dicha.

LEONAR. Es esa una vulgaridad, algo que los humildes creen como un consuelo en su desdicha.

Dinero y dominio sobre los demás; que nos juzguen siempre superiores.

ERNESTO Casi me convences, Leonardo. Tus sinceridades despiertan todas mis simpatías. Eres el de siempre, el amigo leal que se confiesa. Pero a los demás no le hables así, de esa manera. No sabrían comprenderte.

LEONAR. Me alienta esta sana confidencia de amistad que contigo tengo. Es para mí como un remordimiento que desecho. (Al oir hablar dentro.) Pero, silencio. Ya empiezan a venir las visitas. Necesito representar la farsa.

ERNESTO Te dejo. Admiro tu voluntad, Leonardo.

LEONAR. Ya seguiremos otra vez charlando. Adiós, Ernesto. (Váse Ernesto por la derecha.)

ESCENA VI

LEONARDO, JOSEFINA, ELENA, LA VIUDA DE VALSEQUILLO Y FLORA

JOSEF. (Por la segunda derecha.) Elena Alpuente y las de Valsequillo, que quieren saludarte.

LEONAR. Mucho gusto tengo yo también en ello.

ELENA Y felicitar a usted.
Es usted una gloria de Almanzora.

LA VDA. El Municipio ya habrá pensado en ponerle el nombre de usted a una calle. Hay aquí quien la tiene, y en vida no hizo más que prestar dinero, apretar el «cordelillo».

LEONAR. Renuncio, por ahora, a ese honor. No

he hecho todavía nada por el pueblo.

LA VDA. Ya lo hará. Un diputado joven como usted...

FLORA Y luego, ¡tan simpático!

LA VDA. A propósito; cuando vaya a Madrid, quiero que me active, con su influencia, una solicitud que allí tengo presentada.

ELENA (Con burla.) ¿Para ingresar en un Asilo?

FLORA Para que nos concedan una limosna, procedente de una fundación que todos los años reparten entre las viudas aristocráticas, como mamá.

LEONAR. Me ocuparé de ello con interés. (Dirigiéndose a Elena.) Usted, Elena, siempre tan guapa y tan interesante. Una viuda encantadora.

ELENA Gracias, Leonardo.

LEONAR. ¿Continúa usted celebrando sus reuniones, divirtiendo a la buena sociedad de la población?

JOSEF. Ya lo creo. ¿No sabes, Leonardo? Elena quiere celebrar el miércoles una fiesta en sus salones, en honor nuestro.

LEONAR. Encantados, agradecidos.

ELENA No sé si les agradará. Acostumbrados a los salones de Madrid. Quiero que sea algo original. Desde luego, se bailará un «cotillón». Y después habrá exhibición de películas.

FLORA ¿De veras? ¡Con lo que a mí me gustan!

LA VDA. Que exhiban «El secreto del cofre rojo».

ELENA Tiene ese *films* muchos episodios.

LA VDA. ¿A qué hora será la cena?

ELENA Antes de las películas.

LA VDA. Lo digo para no merendar aquella tarde. Sirves en tu casa tan buenos platos, que todos quiere uno probarlos.

ELENA (Levantándose.) Nos retiramos. Ya saben:

el miércoles. Cuente usted con que apoyaré su candidatura. Obligaré a todos mis criados a que le voten.

LA VDA. Y con nosotras. Por ahí le haremos mucha propaganda.

FLORA Nos sentimos por usted hasta *sufragistas*.

LEONAR. Gracias, gracias. (A Elena.) Agradezco la atención, Elena; pero, más que por la fiesta, voy a su casa por charlar esa noche con usted.

ELENA Habrá allí otras muchachas.

LEONAR. Que nada me interesan. Sólo usted.

ELENA ¿Es una galantería, Leonardo?

LEONAR. Es sinceridad, franqueza.

LA VDA. (Aparte, a Flora.) Se insinúa con Elena demasiado el diputado. ¿Pensará en hacerle el amor?

FLORA En ese caso estoy desahuciada.

LA VDA. Elena es un partido. Tiene una gran fortuna. ¿Qué sabemos lo que pueda pasar entre Leonardo y ella?

JOSEF. Yo saldré con ustedes a acompañarlas.

LA VDA. (Indicándole la segunda derecha.) Nos iremos por aquí. Para despedirnos de tu tía Angela y de las niñas. (Vánse Josefina, la viuda y Flora.)

ELENA (Despidiéndose.) Adiós, Leonardo.

LEONAR. La noche de su fiesta le diré un secreto.

ELENA ¿Político? No me interesa.

LEONAR. De otra clase.

ELENA ¿Tiene que ser esa noche? ¿Ahora no?

LEONAR. Es pronto.

ELENA Esperaré.

LEONAR. ¿Resignándose?

ELENA Con curiosidad nada más. Intrigadísima.

LEONAR. Le concedo a usted ese plazo para que lo adivine.

ELENA. Es inútil. Hasta que usted me lo diga, no sabré nada. (Váse derecha.)

ESCENA VII

LEONARDO Y JOSEFINA

JOSEF. (Que vuelve a poco por la segunda derecha.) ¿Coqueteas con la de Alpuente?
LEONAR. Es un plan. Elena puede ser la salvación para nosotros.
JOSEF. Dispuesto a sacrificarte.
LEONAR. No es sacrificio. Elena tiene una brillante posición.
JOSEF. ¿Lo sabes ya?
LEONAR. Lo supongo. Me informaré mejor.
JOSEF. Pero, ¿estás decidido?
LEONAR. A toda costa a buscar una buena boda, un enlace ventajoso. Elena Alpuente puede ser. Su misma vanidad me ayudará en mis planes. ¿Por qué no emprender esa conquista?
JOSEF. Eso es un sacrificio, Leonardo. Esa mujer la has conocido, la has tratado y siempre pasó para ti indiferente.
LEONAR. En mi edad romántica. Ahora, no. Pienso más cuerdamente. Elena Alpuente me interesa mucho.
JOSEF. ¿Ella, o sus millones?
LEONAR. Debo decir que las dos cosas.
JOSEF. ¿Te casarás sin amor con una mujer necia y frívola, todo vanidad?
LEONAR. Son pequeños defectos esos. Puede enmendarse. Me basta con que sea honrada y digna. Y lo es. Nadie murmura de ella.
JOSEF. No debes pensar así, Leonardo. Una

mujer resignada espera que vuelva para ella tu cariño.

LEONAR. ¿Felisa?

JOSEF. Sí.

LEONAR. ¿Aún piensa?

JOSEF. En ti, a todas horas. Viendo que te elevas, que triunfas, siente una gran tristeza. Es el cariño que esperaba que se aleja para ella más.

LEONAR. No puede ser. No debe volver lo que pasó. Desertar en plena lucha, sería en mí una cobardía. Adelante. Nada me detendrá en mi camino. Mi voluntad es más fuerte que ese amor tán firme y constante de Felisa. No debo volver a ella. Sería reanudar nuestro calvario, la vida de antes. Tía Angela, en estos últimos años, ha sufrido grandes quebrantos en su fortuna. Esta casa, como la nuestra, se hundirá. No quiero ya más vivir sobre restos de ruinas. Hay que anidar sobre el nuevo edificio que levantemos con nuestro egoísmo.

JOSEF. Sobre bases falsas

LEONAR. Al contrario, muy sólidas. Bajo él, enterraremos altruismos y generosidades, pasiones nobles, todo lo más puro y más hermoso.

JOSEF. Es triste eso.

LEONAR. Hasta llegar a conseguirlo. Después, ya en alto, triunfadores, ¿por qué no se ha de rechazar el egoísmo que nos hizo fuertes? Y ser generosos y nobles, y hacer bien.

JOSEF. Un sueño, Leonardo. El mal hizo su presa, no es fácil que la suelte pronto. (Al ver a Felisa, que llega por la derecha.) Con Felisa te dejo a solas. Que hable tu corazón, Leonardo.

LEONAR. (Secamente.) No hablará.
(Váse Josefina por la izquierda.)

ESCENA VIII

LEONARDO Y FELISA

FELISA Mamá me envía a preguntarte si quieres acompañarnos a tomar el té en el jardín. Se han quedado Elena Alpuente y las de Valsequillo.

LEONAR. Iré con ustedes, aunque sea un momento.
No tardará en venir una comisión del partido a saludarme.

FELISA Ya te avisarán.

LEONAR. Vamos.

FELISA (Turbada, no intenta irse.)

LEONAR. ¿No vienes tú?

FELISA Sí; pero antes...

LEONAR. ¿Querías decirme algo? Habla.

FELISA (Más turbada.) No; nada. No está aún preparado el té.

LEONAR. Allí esperaremos.

FELISA (Contrariada.) Vamos.

LEONAR. Pero veo que tú quieres hablarme a solas, tener conmigo una confidencia. Sin duda, consultarme sobre alguno de tus pretendientes. Porque en Almanzora habrá muchos que se disputen tu cariño.

FELISA (Con desaliento.) ¡Leonardo!

LEONAR. ¿No es eso?

FELISA (Con orgullo.) No acostumbro a hacer consultas de esa clase. Y menos a ti, Leonardo.

LEONAR. (Con frialdad.) Podría, con algún acierto, aconsejarte. Conozco el corazón de los

hombres. He luchado mucho con algunos, para no saber distinguir dónde está la bondad y dónde la mentira de ellos.

FELISA (Triste.) ¡La mentira de ellos!

LEONAR. Con amargura has repetido mis palabras.

¿Qué sientes, Felisa?

FELISA Hace algunos años lo dijiste: «Lejos está la dicha, muy lejos. En busca de ella voy. ¡Espérame, Felisa! ¡Yo sabré volver!»

LEONAR. Y he vuelto.

FELISA Sí; indiferente, distraído, no siendo el Leonardo que se fué...

LEONAR. El mismo, con más ansias de vivir, con más ilusiones, fuerte y optimista. Tímido, con cobardía, afronté la vida y ésta ha sabido darme alientos y entusiasmos, para llegar hasta el triunfo.

FELISA (Irónica.) De ser diputado.

LEONAR. Es una posición, algo que muchos ambicionan.

FELISA (Con amargura.) No nos comprendemos ya, Leonardo; no nos comprenderemos nunca.

LEONAR. ¿Por qué, Felisa?

FELISA No he debido yo recordar lo que pasó. Muy generoso ha sido para ti el olvido. Debe serlo también para los dos.

LEONAR. No, eso no. Lo que antes fué solo ilusión, romanticismo, puede convertirse todavía en realidades. Espera aún.

FELISA Ilusión, romanticismo. Eso fué antes para los dos. Tú lo has dicho, Leonardo. Esperar ya no, sino saber como tú, olvidar.

(Váse derecha.)

LEONAR. (Va tras ella queriendo detenerla.) ¡Felisa! (Se detiene al ver a don Ricardo y a don Fausto que llegan por la primera derecha.)

ESCENA IX

LEONARDO, DON FAUSTO Y DON RICARDO

RICARDO ¡Un fracaso, Leonardo! Es lamentable, lamentable...
FAUSTO Ya yo lo suponía.
RICARDO Una intriga de López Bayo.
LEONAR. ¿Qué pasa?
RICARDO El Directorio del partido se niega a aceptar tu candidatura.
FAUSTO No obedecen las ordenes de don Crisanto.
RICARDO Le han telegrafiado diciéndole que tu personalidad política nada vale para representar este distrito.
FAUSTO Que todos aquí le conocen a usted, y saben que no tiene nombre ni fortuna.
RICARDO No quieren políticos improvisados.
FAUSTO Y piensan elegir a López Bayo.
LEONAR. Está bien. Presentaré mi candidatura en contra de ellos.
RICARDO Eso es una locura. Nada conseguirías. En Almanzora no hay más partido que el de don Crisanto.
FAUSTO Lo mejor es que usted desista, marchándose otra vez a Madrid.
RICARDO Que don Crisanto te dé un acta por otra parte.
LEONAR. No, iré a la lucha ahora con entusiasmo, convencido. No por idea de lucro ni de medrar como pensé antes. Por deber de humanidad, por cariño a este pueblo abandonado. En mi empresa tal vez solo recogeré ingratitudes. ¿Qué importa? Iré contra los egoístas y farsantes, contra los que toleran todo a cambio de obtener ellos sus beneficios.

FAUSTO Es un programa ese muy desacreditado.

RICARDO Ya sospechaba yo que saldrías declarándote rebelde. Son las enseñanzas que has aprendido escribiendo en esos papeluchos de Madrid.

LEONAR. Es lo que veo en la realidad, en el ambiente.

RICARDO Tú pensarás lo que más te convenga. Ahora, que sintiéndolo mucho, debo decirte que no cuentes conmigo para nada.

FAUSTO Estamos obligados a López Bayo.

RICARDO Tenemos que apoyar su candidatura.

LEONAR. ¡Hacéis bien. Yo nada les pido.

RICARDO No debes ponerte en contra de ese hombre. Cuenta con casi todo el pueblo.

FAUSTO Si usted renuncia generoso a ir a la lucha, él sabrá recompensarle. Le dará aquí un buen destino.

RICARDO La Dirección del Hospital o de un Asilo.

LEONAR ¿Vinieron ustedes a eso? Pueden decírselo. Nada acepto. Iré a la lucha.

RICARDO Y saldrás derrotado, en ridículo...

FAUSTO El papel de regenerador está hoy muy en baja.

RICARDO Si piensas predicar al pueblo, será inútil. A los apóstoles disfrazados no se les hace aquí ningún caso.

LEONAR. ¡Basta, dejadme! (A don Ricardo.)-No olvide usted que le debo respeto por haber sido el hermano de mi madre. Nunca he contado con su protección. Menos ahora que voy solo a luchar en contra de intereses creados y rutinas.

RICARDO Lo que yo esperaba. Es un rebelde, don Fausto. Es inútil que le aconsejemos.

FAUSTO Tendrá que marcharse de la población en peor situación que se fué antes.

ESCENA X

DICHOS Y ERNESTO

ERNESTO (Por la derecha.) (A don Fausto y don Ricardo.) Esperen, señores. No salgan. A ustedes también le interesa la noticia.

LEONAR. ¿Qué sucede, Ernesto? ¿Qué traes?

RICARDO ¿Alguna orden judicial contra Leonardo?

FAUSTO ¿Tal vez algún proceso por delito de imprenta?

ERNESTO El señor López Bayo, jefe del partido roelista del pueblo, acaba de entregarme este telegrama para que se lo lea a Leonardo.

LEONAR. ¿Qué dice?

ERNESTO (Leyendo) «López Bayo y Directorio partido. Contestación a su telegrama y carta, único diputado por ese distrito, será don Leonardo de Almenara. Obedezcan mis órdenes.—Crisanto Roelas.»

RICARDO (Sorprendido.) ¿Lo ordena el Ministro?

FAUSTO ¿Lo saben en el Casino?

ERNESTO En alta voz, estando todos delante, lo ha leído López Bayo. Y todos acatan las órdenes del jefe. Incluso López Bayo, todos están dispuestos a votar a Leonardo.

RICARDO (Entusiasmado, cambiada ya su actitud de antes.) ¡Un abrazo, sobrino! Mi enhorabuena.

LEONAR. (Rechazándole.) Soy un rebelde, un apóstol disfrazado, un falso regenerador. Alejáos de mí.

FAUSTO Es usted de los nuestros. Lo dice el jefe.

LEONAR. (En tono de indignación.) No, de los vues-

tros, no. Vosotros pensáis por los demás. Almas bajas, serviles, no sabéis juzgar más que por lo que os diga el que os domina, al que rendís culto. Idolos que creásteis sin grandeza. Un osado o un listo que supo dominaros, apoderarse de vuestras voluntades. (A Ernesto.) Con hombres como éstos, que son muchos, no sólo en Almanzora, sino en la nación entera, ¿no crees tú, Ernesto, que es fácil el saber gobernar y el saber triunfar?

FAUSTO Se ha enorgullecido. Es muy natural.

RICARDO Nunca creímos que tanta amistad te uniese a don Crisanto. Perdona, Leonardo. Tu tío es el primero en alegrarse de tu triunfo. Puedes contar conmigo para todo.

LEONAR. (Secamente.) Gracias.

FAUSTO Aunque usted no quiera, soy uno de sus amigos más leales. Estoy a sus órdenes.

LEONAR. También agradecido.

FAUSTO Volveremos luego con López Bayo y todos, a ofrecerle el acta.

RICARDO (A don Fausto, al irse por la derecha.) Ya se lo decía yo a usted, don Fausto. Mi sobrino es un chico de talento. ¡Un porvenir brillante!

FAUSTO Tiene un gran padrino. Ya era tiempo de que el cacique López Bayo vaya aquí perdiendo su influencia.

RICARDO Ya sabrá Leonardo dominarlo. (Vánse.)

ESCENA XI

LEONARDO Y ERNESTO

LEONAR. ¿Has visto, Ernesto?

Ernesto Volubles, cambiando de juicio a cada instante.

Leonar. ¿Qué confianza se puede tener en estos hombres? ¿Qué labor meditada, regeneradora y útil, se puede hacer en un país donde la mayoría piensa como ellos? Siervos, no obedecen más que a la voz del amo que los manda, del que supo dominarlos. Así es este pueblo sereno y blanco, todo discreción y mansedumbre. Y fuí yo el equivocado y el rebelde, el que no supo más que llorar la ingratitud que conmigo tuvieron todos, cuando humilde y suplicante les pedí amparo, en vez de con orgullo de señor mandarles o con malicia de pícaro llegar a conquistar sus voluntades. Pueblo de egoístas y de indiferentes, pueblo de discretos; para medrar entre tus muros, hay que arrojar antes tras de sí muchas delicadezas del alma, muchas ideas nobles, y con la máscara de la hipocresía puesta, frío y calculador, sin gritos ni protestas, ir en busca de un ideal de ambición y de fortuna.

Ernesto Todo seco y árido, sin encontrar ni una flor de ilusión y de amor en el camino.

Leonar. Me harán diputado, y tendré honores y respetos; seré rico, casándome con Elena. ¿Para qué aspirar a otro bien, a otra gloria, si es la misma que todos ambicionan?

Ernesto ¡Que triunfe siempre nuestro egoísmo!

Leonar. Así es la vida. Así nos enseñan que seamos. ¿Por qué hemos de intentar cambiar de rumbo y luchar entre miserias y ruindades? (Acercándose al balcón.) ¡Mira cuánta gente viene a rendirme

vasallaje! Vendrán muchos que antes me ultrajaron, que en mi desgracia me miraban con una compasión que era un insulto. ¡Déjame que goce en el triunfo de verlos ante mí humildes!

ESCENA ULTIMA

DICHOS Y UN CRIADO

Criado (Por la derecha.) (A Leonardo.) En el salón esperan a usted muchos señores. (Váse.)

Leonar. Acompáñame, Ernesto.

Ernesto No quiero verte representar la farsa de engañarlos y ellos engañarte.

Leonar. Un juego peligroso, pero al final yo sabré vencerles.

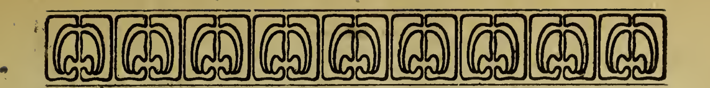
Ernesto No confíes tanto en tu triunfo, Leonardo. No son esos sólo los que forman el pueblo blanco. Está también en los talleres y en las fábricas, está en los campos, indiferente, abstraído en su labor fecunda, y ese pueblo noble, generoso y útil, es el que hay que saber ganar y conquistar. No por astucia ni engaños, lealmente, por convicción y dulzura, con sacrificios y generosidades, haciendo entre ellos mucho bien. Y como éstos de ahora que sólo por interés y conveniencia hacia ti vienen, también los otros vendrán con cariño y respeto y amistad del alma.

Leonar. Sí, pero debo primero ganar a éstos. Son los poderosos, los fuertes, los que valen más. Los otros, ya saben humildes resignarse. (Cambiando de tono.) No quiero hacer aguardar más a esos señores. Ven conmigo, Ernesto. Verás qué diplomacia, qué habilidad la mía.

Para cada uno tendré una frase a tiempo y una sonrisa amable. ¡Verás con qué dominio, con qué arte empiezo ya a ser un gran político!

ERNESTO Es lo suficiente. No se exige más. Palabras amables y gestos cariñosos. Vé en busca de ellos. Los caciques no quieren redentores, sino siervos, esclavos que ellos mismos elevan. ¡Te han escogido bien, Leonardo! Ellos sabrán obligarte a todo. (*Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



Acto tercero

La misma decoración del anterior.

ESCENA PRIMERA

DON FAUSTO Y DON RICARDO

FAUSTO — Con él no podemos contar para nada. ¡Un hombre imposible! No piensa más que en las cacerías y en las pruebas de automóviles nuevos. No le interesa nada la política.

RICARDO — Menos mal que todo lo autoriza, que nos deja en plena libertad de obrar. Esos caminos vecinales que nunca se acaban...

FAUSTO — Las obras empezadas de esa carretera... Para todo eso, el Gobierno, por petición en las Cortes de Leonardo, ha concedido espléndidas subvenciones.

RICARDO — Que entre todos nos hemos repartido.

FAUSTO — Llevándose la mejor parte su sobrino.

RICARDO — Por algo es el diputado del distrito. No hablemos de eso.

FAUSTO Su sobrino de usted en política es un «águila.»

RICARDO ¿Por lo que se eleva?

FAUSTO Por lo que... arrebata.

RICARDO Sin duda en la escuela de usted aprendió, don Fausto.

FAUSTO Diga usted mejor en la de nosotros.

RICARDO (Con malicia.) Esos asilos que usted con tanta holgura administra...

FAUSTO Esos bienes benéficos, procedentes de fundaciones, que usted tan mal reparte...

RICARDO (Molesto.) ¡Don Fausto!

FAUSTO (Lo mismo.) ¡Don Ricardo!

RICARDO Ya los dos nos conocemos.

FAUSTO Somos de la misma camada. ¿Para qué hemos de reñir y disputar?

RICARDO En materia de camada está usted equivocado.

FAUSTO Usted es de sangre azul; yo vine a Almanzora a destripar terrones. Pero ahora, iguales. Los dos vivimos de lo mismo.

RICARDO ¿Qué es?

FAUSTO Es mejor no aclararlo, don Ricardo.

RICARDO Como nosotros en el pueblo viven muchos.

FAUSTO Atesorando, atesorando.

ESCENA II

DICHOS Y ERNESTO

ERNESTO (Por la derecha.) Señores...

RICARDO ¿Qué le trae por aquí, don Ernesto?

ERNESTO Necesito a escape ver a Leonardo. ¿Dónde está?

RICARDO Le estamos esperando. No ha de tardar en venir.

FAUSTO Desde que regresó de Madrid, no se ocupa más que de los preparativos de su próxima boda con Elena Alpuente. Apenas si hemos podido hablar con él.

RICARDO Y eso que necesitábamos consultarle algunos asuntos serios.

ERNESTO Me lo figuro, esa cuestión de las minas, el arriendo a una nueva empresa de las contribuciones.

RICARDO Es usted adivino, don Ernesto.

ERNESTO Pensé que les traía a ustedes algo de más interés, que fuese beneficioso para el pueblo.

RICARDO Lo son esas cuestiones.

ERNESTO Para algunos capitalistas solamente. La explotación de esas minas las pagará con creces el pueblo; entre la sociedad anónima se repartirán buenos dividendos, y ustedes, accionistas, interviniendo en el asunto, no saldrán tampoco muy perjudicados.

RICARDO Son mejoras locales.

ERNESTO Que ninguno vemos.

FAUSTO Este pueblo es muy ingrato. No sabe apreciar los sacrificios que desinteresadamente por él se hacen. Leonardo en las Cortes, el Alcalde, el mismo López Bayo...

RICARDO Reconocerá usted que gracias a nosotros, hemos conseguido extinguir la mendicidad. Cada día con más éxito funcionan los comedores de caridad.

FAUSTO Usted, a pesar de su cargo, siempre en rebelde, don Ernesto.

ERNESTO A la razón, a la justicia, aquí se le llama rebeldía.

RICARDO Vamos a trasladar al despacho de Leonardo nuestras discusiones del Casino.

Se lo he dicho ya muchas veces, don Ernesto. No es esta época en que vivimos de lamentos ni de protestas. Hechos y obras y no palabras, murmuraciones y censuras. Todos debemos pensar en construir algo.

ERNESTO En provecho de todos, y no del propio.

RICARDO Naturalmente, pero sin que el beneficio que otorguemos a los demás nos cause a nosotros perjuicio.

ERNESTO Egoísmo puro. (Cambiando de tono.) Pero ocupémonos, señores, de otra cosa. He venido para hablar con Leonardo y con ustedes. Es preciso preocuparnos todos un poco del pueblo que habitamos. La gente obrera se lamenta; las labores del campo están mal remuneradas; las subsistencias por las nubes; son abundantes las cosechas, y sin embargo, el pueblo se queja, está en la miseria. La emigración aumenta cada día más; hay en la plebe una sorda agitación, y yo temo que algún día, quizás más pronto de lo que creemos, estalle airada la protesta. Como juez, yo ordenaré detenciones, procuraré calmar los ánimos, pero me veré también obligado a exijir de todos responsabilidades. Cunde el malestar contra Leonardo, contra ustedes los ricos, los pudientes, y ya es hora de reflexionar, de consultar cada uno con su conciencia. No es todo en la vida acaparar, ambicionar más...

RICARDO Teorías en usted muy extrañas, señor juez. (Con ironía) Es lo que necesita el pueblo, que personas de talento, como usted, le aliente.

FAUSTO Que le den razón.

ERNESTO Que le hagan justicia. No es lo mismo.

Las gentes humilladas, esquilmadas, viendo que muchas hectáreas de terreno productivo no se cultivan, que son cotos de caza o criaderos de reses bravas, que ellos buscan trabajo y no lo hallan, excitadas por la injusticia que se les hace, se levantarán airadas contra los que tan mal las entendieron y trataron.

RICARDO Pero las autoridades velarán por nuestra seguridad personal, por nuestros bienes, conteniéndolas, si preciso fuese.

FAUSTO No hay que temer. Ya en otras ocasiones esos miserables intentaron atropellarnos. Y ellos fueron las víctimas. Perdieron la protección y las casas donde servían.

ERNESTO No nos entendemos, señores. Les aconsejo un poco de humanidad y no me atienden y no temen que los esclavos algún día se rebelen. Contra la razón, que es la justicia, no hay fuerza. Yo, autoridad, juez, nada podré hacer contra los que reclaman un derecho que es sagrado, que es noble, el de vivir. En la plaza están ahora reunidos grupos numerosos de hombres jóvenes y viejos, todos útiles, que esperan trabajar. Se resignaron unos días, callaron, consumiendo sus ahorros. Ya no pueden más. Y hablan y discuten acalorados y en sus rostros, curtidos por el aire sano de los campos, por el sol andaluz fecundo, brillan febriles los ojos y hay en sus miradas odio y amenazas, y tal vez en sus cerebros germinen ideas terribles. -

FAUSTO Los hemos visto, pero no es culpa nuestra su paro forzoso.

RICARDO Son calamidades que sufren los pueblos. Las lluvias persistentes de estos

días han paralizado toda clase de labores en los campos. ¿Qué podemos hacer nosotros? ¿Qué culpa tiene Leonardo de ello?

ERNESTO Ninguna. Pero es hambre, es miseria, son muchas familias que maldicen el pueblo en que nacieron, que intentan, desesperados, huir de él; y es preciso buscar el remedio, unirnos todos, protegerlos.

ESCENA III

DICHOS, JOSEFINA, DOÑA ANGELA Y FELISA

ANGELA (Muy impresionada, por la derecha, seguida de Josefina y de Felisa.) ¡Gracias a Dios que hemos llegado! (Abrazando a don Ricardo.) ¡Hermano!

JOSEF. Cálmese, tía Angela. No ha sido más que el susto.

FELISA Nada nos han hecho. ¡Pobre gente! Están excitadas por la necesidad, por el hambre, y no es extraño que se olviden de todo.

RICARDO Pero, ¿qué han hecho?

JOSEF. Regresábamos en el coche del paseo, y en las cercanías de la plaza, enmedio de la calle, había un grupo numeroso de obreros sin trabajo. Les gritó el cochero que se apartasen. No lo hicieron; seguían hablando y discutiendo. Paró el carruaje, y ordené que volviese para irnos por otro lado. Se encararon con nosotras aquellos hombres y del grupo

salieron varias voces: «¡Abajo el señorío! ¡Mueran! ¡Que nos den pan!» Y trataron de acercarse al carruaje. Fustigó a las bestias el cochero, y entre gritos e insultos que nos dirigían, nos alejamos a escape de aquel sitio. Tía Angela se asustó mucho; iba a sufrir un síncope. Yo la calmaba, mientras Felisa gritaba al cochero que parase. Quería hablarles a aquella gente.

RICARDO Una imprudencia, un desatino.

ERNESTO ¿Qué pensaba usted decirles, Felisa?

FELISA No sé. Sentí un gran deseo de hablarles. Volvíamos del paseo por las afueras, de ver los campos risueños y fecundos. Bajo el cielo azul todo era vida. Al beso de la luz, crecían los trigales altos y espesos, precursores de una cosecha abundantísima. Todo el campo pródigo estaba en flor. El señorío paseaba admirando el paisaje ubérrimo. Se deleitaba contemplando aquellas tierras que eran suyas, tan generosas para ellos, pero tan ingratas para los que las removían, las hacían fecundas a costa solamente de un mísero jornal. —Para todos debería de ser igual—pensé. Todos trabajando inclinados sobre ellas, y entre todos repartidos sus productos. ¡Y fué un gran dolor! Los campos espléndidos se ofrecían llenos de promesas generosas. ¡Todo riqueza y bienestar! Y ví allí, enmedio de las calles, a los hombres extenuados, famélicos, que gritaban, pidiendo socorros; cubrir sus necesidades. No, no era posible. Aquello no podía ser la realidad. Y dudé un momento, pareciéndome que aquella gente holgaba feliz y alegre. Pero no, era una ironía, una

crueldad del destino. Vinieron gritando hacia nosotras. Pedían trabajo, pedían pan, que les negaban las otras gentes, las afortunadas, las que en la tarde soleada se recreaban admirando la riqueza exuberante de sus campos. Y quise hablarles, no con lenguaje de compasión, aconsejándoles que se resignasen, que esperasen, no. Con palabras de ira, de dolor, de rebeldía. Muy duro y amargo era aquel contraste. Demasiado sumisos y bondadosos ellos.

RICARDO Nos asustas, Felisa. ¿Querías sin duda sublevarlos?

ANGELA Hicimos muy bien en alejarnos pronto.

FELISA Sublevarlos, no. Que reclamasen justicia, su derecho a ser protegidos por los que habitan en su mismo suelo. Porque son muchos días de miseria, de hambre, de vagar por esas calles hombres fuertes, implorando una limosna, un poco de caridad de las almas secas.

RICARDO No debemos oirla más. Es impropio de una señorita el hablar así.

ERNESTO No es corriente, pero es el lenguaje de la verdad.

FAUSTO Los dos muy de acuerdo. Ya le oímos a usted antes.

ANGELA Ven, Josefina, acompáñame. Con la escena de antes y lo que ahora acabo de oir decir a Felisa, estoy muy intranquila, muy nerviosa. Voy a tomar alguna cosa.

FAUSTO Y nosotros también nos retiramos. No creemos que esa gente cometa por ahí ningún atropello.

RICARDO No contando con el juez, conviene vivir por si acaso prevenidos. Iremos en

busca de Leonardo. ¿Viene usted, don Ernesto?

ERNESTO Le esperaré aquí.

RICARDO Cálmate, hermana. Y tú, Felisa; ni atropellan a nadie, ni son capaces de ir a un motín contra nosotros. Les saldría peor la cuenta. (Váse con don Fausto por la derecha.)

ANGELA Con permiso de usted; Ernesto. Vamos, Josefina. (Váse izquierda con Josefina.)

ESCENA IV

FELISA Y ERNESTO

ERNESTO Huyen preocupados y cobardes.

FELISA Es un dolor ver al pueblo que gime en la miseria.

ERNESTO ¡El pueblo blanco, tan sereno, tan apacible, en apariencia todo bienestar! ¡El pueblo sólo grato y feliz para unos cuantos!

FELISA (Con tristeza.) ¡Vencieron a Leonardo, le dominaron!

ERNESTO Fué juguete de toda clase de ambiciones y egoísmos. Ya es tarde. Las gentes están en las calles, pidiendo justicia, que se les atienda.

FELISA ¿Y qué hacer? Es preciso que Leonardo lo sepa, que les hable, que entre todos se acuerde poner remedio a una situación tan lastimosa.

ERNESTO Es muy urgente todo eso. Pero, ¿y Leonardo, dónde encontrarle ahora?

FELISA En casa de Elena Alpuente debe estar. Vaya usted. Aún es tiempo de acudir en socorro de esos desgraciados. Tal vez de evitar un día de amargura y de dolor al pueblo.

ERNESTO Sí, iré enseguida. Yo les hablaré a todos. Les obligaré si es preciso con mi autoridad a que en esta ocasión, al menos, se muestren generosos.

FELISA Sí, vaya usted pronto. Vaya usted. (Váse Ernesto por la derecha.)

ESCENA V

FELISA, LA VIUDA DE VALSEQUILLO Y FLORA

FELISA (Amargamente.) ¿Qué va a pasar en este pueblo abandonado? ¿Qué va a pasar?

LA VDA. (Por la derecha.) Venimos encantadas.

FLORA No cabe más. ¡Qué buen gusto, qué lujo en todo!

LA VDA. El comedor va a ser ideal. Pues, ¿y el cuarto de los novios? Elegantísimo. Todo Imperio.

FLORA Será una boda de las que hacen época. En Almanzora no se conocerá otra igual. El *trousseau* lo piensan encargar a Madrid, pero los muebles los comprarán aquí, en casa de Ramírez. ¡Magníficos! Ya hemos visto los proyectos de algunas habitaciones. ¡Ideales! El salón de fiestas, suntuoso. Elena no piensa aprovechar nada de lo que ahora tiene.

LA VDA. Un derroche. Bien es verdad que cuando ellos no lo hagan...

FLORA Será un acontecimiento. No se habla en Almanzora de otra cosa.

FELISA Pues han empezado con bastante tiempo. Esa boda está todavía en proyecto.

FLORA (Insistiendo en molestarla.) Ya lo sabemos, pero es un proyecto realizable.

LA VDA. Y muy pronto. Eso nos han dicho. No creemos que por parte de ellos exista ninguna dificultad.
FELISA Ni por la de los demás.
FLORA Creía que tú no veías bien ese enlace. Como entre ustedes...
FELISA (Secamente.) Nada he dicho en contrario.
FLORA Perdona. Me pareció notar algún disgusto en tus palabras.
LA VDA. Hablemos de otra cosa. Veníamos a ver si tu prima Josefina y ustedes se animaban, a tomar parte en una función organizada por algunas damas aristocráticas.
FLORA No tienes idea. Va a resultar una fiesta brillantísima. Una de las damas pronunciará un discurso; habrá cuadros plásticos, hechos por las muchachas; se cantará un himno.
LA VDA. Hay que ayudar en su labor hermosa a esas señoras. Están haciendo entre los obreros mucho bien.
FELISA (Con intención.) ¿Les dan algo?
LA VDA. Buenos consejos.
FELISA Es poco. Los obreros de aquí, ahora no necesitan de eso. Admiro la labor de esas señoras. No dudo que sea humanitaria, noble, pero en otra parte; en Almanzora, en esta ocasión, es bien inútil.
LA VDA. Pues, ¿qué pasa? ¿Se teme algo de esa gente?
FELISA Todo. Hay mucha necesidad, mucha miseria.
FLORA Tú exajeras. Siempre hubo pobres.
LA VDA. Sin ellos no tendrían razón de ser esas fiestas de caridad que se celebran.
FLORA No nos divertiríamos a costa de ellos.
FELISA Estos, no son pobres de esa clase. Son gente sin trabajo, padres con hijos en

la miseria, son mujeres que lloran el desamparo de un hogar sin calor ni pan.

LA VDA. Exajeras en la pintura, pero sin embargo ya haremos nosotras propaganda entre nuestras amistades. Pensaremos en organizar algo a beneficio de esas clases desvalidas.

FELISA Tiene que ser pronto. No aguardan.

FLORA Algo original, que no se haya hecho. Lo de las becerradas y las Kermeses está ya muy visto.

FELISA Y desacreditado.

LA VDA. Murmuraciones del pueblo. Todo son hablillas. En cuanto una interviene en esos festivales, ya se sabe, la ponen en entredicho.

FELISA No lo decía por ustedes.

LA VDA. No, si es de todos. Cuando aquella becerrada benéfica del Asilo, ya dijeron que fué para que Juanito Tomillares pagase una deuda de juego que tenía. Y de nosotras también han dicho que en la despensa de casa teníamos todavía guardadas las botellas de licores y champán y los dulces, que sobraron de la última Kermesse benéfica.

FLORA Figúrate. ¡Con lo golosas que nosotras somos!

LA VDA. ¡Y con lo que nos gustan los licores y el champán!

FLORA Envidias.

LA VDA. Mala intención de las gentes que no pueden alternar en esas fiestas.

ESCENA VI

DICHAS Y JOSEFINA

JOSEF. (Por la izquierda.) Tu mamá está asusta-

dísima, Felisa. Estamos junto al balcón del gabinete y se oye a mucha gente que va gritando por las calles. Sin duda está ya el pueblo sublevado.

LA VDA. ¡Qué disgusto! No se podrá salir sin peligro de ser insultadas.

FLORA Esta tarde que pensábamos cumplir con muchas de nuestras amistades...

LA VDA. Acompañaremos a ustedes hasta ver si se calman esas gentes. (Vánse por la izquierda la viuda y Flora.)

ESCENA VII

FELISA Y JOSEFINA

JOSEF. ¡Qué inoportunas son siempre las de Valsequillo!

FELISA Vinieron a atormentarme con noticias de la boda de Leonardo.

JOSEF. Y no saben de ello una palabra. Mi hermano en estos días está muy pensativo y preocupado.

FELISA Pensará con tristeza en el estado en que se encuentra el pueblo, abandonado por los que debieron por él interesarse.

JOSEF. Es otra también su preocupación.

FELISA ¿Tú crees?

JOSEF. Duda, vacila, no cree que toda su felicidad pueda estar en casarse con Elena.

FELISA Ya es tarde

JOSEF. Aún, no. Entre Elena y Leonardo sólo hay, vanidad de una parte y ambición de la otra. No les une cariño ni aun siquiera simpatía. A ella le sedujo el nombre, la posición política de Leonardo, y a él, sólo los millones.

FELISA. Es lo suficiente. Como ellos, se casan hoy muchos. Nada saben de sus almas; les basta con conocer sus rentas, su fortuna.

JOSEF. Algunos, sí; porque en ellos no hubo antes algo que se recuerde con dulce emoción y con cariño.

FELISA (Con tristeza.) ¡Que se recuerde!

JOSEF. Sí, Leonardo te quiere todavía, Felisa.

FELISA Me quiso, sí. Cuando en él mandaba sólo el corazón. Le vencieron los otros, el ambiente de la ciudad, las ambiciones y los egoísmos. Supieron endurecer su alma el dolor y las amarguras de la lucha. Y fué sereno y firme, sacrificando su ideal, su nobleza, todo, hacia el fin práctico y vulgar que ambicionaba.

JOSEF. En apariencia, queriendo engañarse, entre vacilaciones y dudas, atormentado. Vencerá su espíritu de siempre, su idealismo noble, y Leonardo volverá otra vez a ti, Felisa.

FELISA (Conmovida.) ¡Josefina, hermana! Tú en la vida no has sabido ser más que eso; ¡hermana, hermana buena!

JOSEF. ¡Hermana de él y de ti, Felisa!

FELISA Gracias, Josefina. (Se oyen fuera voces y murmullos.) El pueblo empieza a gritar en las calles. Voy al lado de mi madre. (Váse izquierda.)

JOSEF. Yo aguardaré aquí a Leonardo.

ESCENA VIII

JOSEFINA Y DON RICARDO

JOSEF. ¡Lo que yo esperaba, lo que yo temía!

(*A don Ricardo que entra por la derecha.*) ¿Qué es eso, tío Ricardo? ¿Cómo viene usted?

RICARDO ¿Ernesto? ¿El juez? ¿No está aquí?

JOSEF. Pero, ¿qué es eso? ¿Qué le han hecho?

RICARDO Un atropello. Me han insultado por esas calles. Un pueblo abandonado, sin autoridades, ni respeto alguno... Nadie los contiene. Yo espero de esa chusma todo.

JOSEF. Y Leonardo, ¿no sabe de esto nada?

RICARDO Como a mí, le habrán sorprendido los acontecimientos. ¿Quién podía figurarse que el pueblo llegase a esto?

ESCENA IX

DICHOS Y DON FAUSTO

JOSEF. (*Al ver a don Fausto que llega por la derecha.*) ¡Don Fausto! Y a Leonardo ¿no le ha visto usted?

FAUSTO ¡Horrible! ¡Ha sido horrible! Ernesto le trae en un coche.

JOSEF. (*Con gran sobresalto.*) ¡Mi hermano! ¿Qué le han hecho? Hable usted pronto.

FAUSTO No se asuste. Le han herido, pero no ha sido grave. Le están curando en el Casino, y enseguida vendrá con Ernesto.

RICARDO Con el juez, que habrá enseguida que pedir su destitución o su traslado. Nada ha hecho para contener al pueblo.

FAUSTO Se ha adelantado. Ya ha renunciado al cargo.

JOSEF. (*Lamentándose.*) ¡Tenía que ser él la víctima! ¿Cómo fué, don Fausto? ¿Qué le hicieron?

FAUSTO Estábamos reunidos en el salón del Casino. En la puerta gritaban numerosos obreros. Quiso hablarles Leonardo. Salió a la calle, y al pronunciar las primeras palabras a aquella gente, que con sus voces y gritos de protesta, no podían oirle, le agredieron. Ernesto y algunos otros le retiraron, mientras la turba se alejaba vociferando: «¡Abajo el diputado! ¡Que nos den pan!»

JOSEF. El pueblo ciego que quiere él mismo tomarse la justicia que le niegan. ¿Quiénes son los culpables de esto? ¡Que ahora a ellos se les pida cuenta!

ESCENA X

DICHOS, LEONARDO Y ERNESTO

JOSEF. (Saliendo emocionada al encuentro de ellos, que entran por la derecha.) ¡Leonardo! ¡Hermano mío! ¿Qué te han hecho?

RICARDO Esos salvajes, esos brutos...

LEONAR. (Con energía.) No, esos no: ustedes. (A don Ricardo y a don Fausto.)

RICARDO ¿Nosotros? También somos sus víctimas. La ciudad toda está en poder de esa chusma desenfrenada y loca.

FAUSTO No tenemos autoridades que los contengan. Nadie ha telegrafiado al Gobernador pidiéndole fuerzas que mantengan el orden.

ERNESTO El solo se impondrá. Yo ya no soy autoridad, juez. No quisieron ustedes oirme antes, y éstas han sido después

las consecuencias. No siempre ha de triunfar vuestro egoísmo. (Fuera se oye a la muchedumbre que vocifera y grita.)

RICARDO (Lleno de pánico.) ¡Gritan en la puerta de la casa! Serán capaces hasta de entrar aquí.

FAUSTO (Asustadísimo.) ¡Mi casa que está abandonada!

RICARDO ¡Y la mía!

LEONAR. (Con gran decisión.) Yo les hablaré. (Se dirige hacia el balcón. Todos intentan contenerle.) ¡Dejadme! (Llega al balcón y lo abre. Fuera arrecian los gritos y frases de protesta. Estos cesan. Hay una pausa larga, en la que se supone que Leonardo está hablando a las gentes que hay fuera. Se oyen después vivas y aplausos al diputado, y éste se retira del balcón.)

RICARDO ¿Qué les has dicho?

LEONAR. No sé. Les hablé con el corazón, y me han oído.

FAUSTO Parece que se alejan, que vitorean a Leonardo. ¿Qué les dijo usted?

LEONAR. No recuerdo. Palabras de cariño, dichas con sinceridad, con emoción. Les recomendé cordura y orden. Me habían agraviado, y sin embargo yo, generoso, sabía perdonarlos. Pedían pan, bienestar. Yo no podía dárselo. Como ellos, era también pobre. Lo reclamaría de los pudientes, despertando al mismo tiempo el cariño y el respeto en unos y la protección y generosidad en los otros.

RICARDO Pero eso quizás sea alentarles...

LEONAR. No sé lo que es. Lo que en aquel momento me dictaba mi conciencia.

FAUSTO Adularles.

LEONAR. (Con energía.) Hacerles justicia. Las almas son secas, frías, ni el dolor ni la miseria pudo conmoverlas, y sin embargo ya habéis visto, con ofrecerles

protección con palabras sinceras, ha bastado para que esas gentes se calmen, para que cesen en su protesta. (A don Ricardo y a don Fausto.) ¡Salid! ¡Dejadme! Ahora la misión es vuestra. Despertad por ahí la caridad. Buscad a los otros, decidles que no teman, que solamente se muestren un poco generosos y altruistas.

ERNESTO (Con entusiasmo.) Bien, Leonardo.

LEONAR. Del pueblo he recibido un agravio que también me ha servido de lección amarga. Y ahora soy yo el que me rebelo. A ellos no los compadecísteis, y a mí quisísteis comprarme la conciencia, la voluntad, todo. Pero no, ahora soy libre. Renunciaré a mi acta; volveré a ser el Leonardo romántico y luchador de antes, no siervo de caciques que todo lo atropellan.

RICARDO (A don Fausto.) Es mejor que le dejemos. Está muy impresionado, muy nervioso.

FAUSTO Ya pensará de otro modo. Hablaremos con López Bayo y con los otros.

RICARDO Sí, tiene razón Leonardo. Es preciso hacer algo en beneficio de esos desgraciados.

FAUSTO (A Leonardo, al irse con don Ricardo por la segunda derecha.) Ahora más que nunca debe ser usted nuestro diputado.

LEONAR. No lo seré.

ESCENA ULTIMA

JOSEFINA, LEONARDO, ERNESTO Y FELISA

FELISA (Por la izquierda, con emoción.) ¿Qué te han hecho, Leonardo?

LEONAR. Una pequeña herida, nada. Pero ha servido para que se abra mi conciencia, mi alma toda. Busqué la ambición, el egoísmo, sin saber que por ese camino yo iría desorientado, andando a ciegas. Nunca debí aceptar lo que pudo envilecerme, hacerme olvidar todo lo que había en mí de altivo y generoso. Me maltrataron la frialdad y las crueldades de los otros, y sin embargo, como ellos, quise ser sórdido y fuerte, valiéndome de la farsa, del engaño, haciendo acallar mis sentimientos nobles. El pueblo me ha dado una lección.

ERNESTO Te auguré tu porvenir antes. Ya que en política no triunfastes, que seas al menos feliz, casándote.

LEONAR. Como en política buscaba también en esa boda la conveniencia, un bienestar fácil, lo que no era verdad, ni yo sentía. Hay algo que vale más que todo eso: y que tal vez para siempre perdería: vuestro cariño. El de la amistad tuya, el del amor constante y resignado de Felisá y el de esta hermana leal y bondadosa que, a mi lado siempre, sufrió amarguras y me alentó en mis luchas. No ambiciono más que esos afectos, y los tres los tengo.

ERNESTO (Abrazándole.) ¡Así quiero oirte! ¡Amigo del alma!

JOSEF. (Lo mismo.) ¡Sí, Leonardo, hermano mío! Tú sabrás triunfar en empresas más altas y más nobles.

LEONAR. (Acercándose conmovido.) ¡Felisa!

FELISA ¡Al fin, Leonardo! Te esperé confiada siempre.

(Se oyen fuera aplausos y vivas del pueblo.)

ERNESTO El pueblo te vitorea en las calles.

LEONAR. ¡Dejadle! Se despereza de su letargo.

Pero será siempre el mismo; voluble, impresionable. Ahora me aplauden y hace un instante me ofendieron. Ni con los otros, todo egoísmo y ambición, ni con éstos, que también sabrían esclavizarme. Libre, con deseos de lucha y de trabajo, con Josefina y Felisa a mi lado, lejos del pueblo blanco, entre otras gentes y en otras tierras, donde haya vida y fuerza e ideales... (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE JIMENEZ LORA

Del ambiente provinciano, (cuentos y prosas) prólogo de Julio Pellicer . . 2 pesetas.

El jardín del Alcázar, (novela) prólogo de Francisco Villaespesa . . . . . . 2 id.

TEATRO

Las que esperan, (comedia en un acto.) . . . . 1 peseta.

La marquesita loca, (paso de comedia.) . . . . 0'50 id.

El cariño de los otros, [1] (comedia en un acto.)

Las esclavas, [2] (comedia en tres actos.)

El pueblo blanco, (comedia en tres actos.) . . . . 2 id.

EN PREPARACION

La misma vida, (comedia en tres actos.)

El encanto de sus ojos, (novela.)

(1) En colaboración con Martínez Tovar.

(2) id. id. id. id. id.

Precio: DOS Pesetas